



Historias en cuarentena

Cecilia Velasco





Ramón, el de la carretilla





En la televisión agradecen a los que no paran de trabajar y a los que salen para que otros puedan quedarse en su casa: así dicen en la televisión. Y yo miro a los médicos, a las enfermeras y otras personas a las que se les ve trabajando en el campo o en los supermercados. ¿Será que también están agradeciéndome a mí?, me pregunto.

Desde que se suspendieron las clases, ya no voy a la escuela, pero tampoco quiero quedarme en casa, con mi mamá y mi hermana recién nacida. ¡Claro que extraño la escuela, y estaba aprendiendo a hacer cuentas a toda velocidad, pero sobre todo jugaba y corría a toda madre en los recreos! Y aunque por las tardes veo programas en la televisión educativa, claro que no es lo mismo.

Por suerte, mi mamá Martha y mi hermana Alegría están sanas y fuertes.

Yo tuve que rogarles a mis papás para que me dejaran salir, y mi mamá accedió, pero puso



como condición que cada día deberíamos llevar una mascarilla nueva. Su hermana, la tía Olga María, ha cortado y cosido no sé cuántas mascarillas, sobre todo en tallas grandes, para señorones gordos y señoras bien despachadas, y con los retazos que le quedan ha fabricado también mascarillas talla *small*, para niños como yo. Un inspector de salud le dijo que servían bien si se cambiaban a menudo.

¿Te imaginas lo que es ir con mascarilla en Guayaquil, a 34 grados centígrados? Sudas como tapa de olla o como si hubieras abierto el horno a máxima temperatura. Pero ya nos vamos acostumbrando. En mi familia nos ha tocado torearles a muchos problemas, a veces sin agua ni luz ni baños. Somos tres los del equipo de la carretilla: mi padre, mi tío y yo. Vivimos a una hora y media del centro de la ciudad. En realidad es menos tiempo cuando tomamos la Metrovía y medio nos asfixiamos, pero una hora y media si vamos conduciendo nuestro vehículo extraordinario: una bicicleta de dos asientos que lleva en la parte delantera un cajón grande donde cabe toda la fruta y



toda la verdura del mundo. En la zona de los asientos entramos los tres, aunque un poquito apretados.

Cómo nos gusta llenar nuestro coche con beterrava, yuca, papa, pepino, zapote, verde, maduro, piña, sandía, pitahaya, tomate y tomatillo, pimiento, limón y naranjilla. Hay que ver cómo volamos por Nueve de Octubre y Boyacá y Junín y Panamá. Ahora, con las calles vacías de autos, podemos desplazarnos durante las horas que nos permite hacer esto el toque de queda: desde antes del amanecer hasta las dos de la tarde, y lo hacemos tres veces por semana. Los otros cuatro días los pasamos en armar un huerto, por sugerencia de mi mamá y mi tía, que siempre siempre están averiguando nuevas formas para crear un mejor negocio.

Nos hemos inventado unas rimas para poder vender mejor. Aunque mi padre y mi tío dizque eran músicos de una orquesta de salsa en su juventud, como soy el de mejor voz, me han encargado a mí los pregones:



**Lleve el zapote, que es mucho lote,
y la beterrava, que nunca se acaba.**

Este pimientito quita el mal aliento.

Que es bueno el limón para el corazón.

Pa' la niña, piña.

Pitahaya, no se pase de la raya.

Mi ñaña Alegría le mandó sandía.

Con los buenos verdes, ¡a ver si te pierdes!

Tomatillo para el chíquillo.

¡Aquí la carretilla de la naranjilla!

¡Acá la carretada de la naranjada!



Nos va bien. Las personas salen de los edificios un poco asustadas, enmascaradas, enguantadas. «Apocadas, desmejoradas», dice mi papá, pero como que se alegran con mis rimas y nos hacen el gasto. Mi papá y mi tío usan guantes. Yo no manejo dinero. Procuramos hacer todo lo mejor que podemos. Olga María ha escrito un manual de buenas prácticas, que seguimos a pie juntillas.

El regreso a casa siempre es más lento. El sol del mediodía cae duro sobre la cabeza. Estamos sudados, sedientos, con hambre. En un momento, me arrimo al hombro de papá y él hace descansar su cabeza sobre la mía.

Le agarro la mano y le digo acercando mi boca a su oído:

—Tenemos que cuidarnos mucho, papá. Nosotros no podemos enfermar. Nosotros no podemos morir.



A nuestros lectores

¿Quieres ser uno de los ilustradores de esta historia en un libro con más cuentos de Cecilia Velasco?

Dibuja la escena de este cuento que más te gustó y envíala a

concursos@andarele.com

con el asunto

Ramón, el de la carretilla





Sobre la autora

Cuando me preguntaban qué quería ser de grande, siempre respondía: ¡dibujante o poeta! De lo primero, solo me queda el deseo, pero me ha ido mejor en lo segundo. He publi-



cado para niños y jóvenes *Tony*, *Rosa Rosita*, *Selva de pájaros* y *Domadora de Leones*. Pronto estará en librerías una nueva novela: *Hostal para mariposas*. He escrito, para lectores más grandes, *Palimpsesto* (un poemario en colaboración con la artista Pilar Flores) y la novela *El Día de la Gratitud*.

También he trabajado como editora, productora de radio, articulista y animadora cultural. Llevo ya casi 25 años como profesora, primero en la ciudad de Quito, donde nació, y ahora en Guayaquil.

Quisiera leer y escribir más, ver más películas delicadas y profundas y comprender mejor el arte contemporáneo. Aprender idiomas, juegos, bailes y memorizar nuevos poemas.

